
El enemigo es el capitalismo*

George Soros**

Hegel ha identificado un modelo histórico inquietante: el de la erosión y caída de las civilizaciones, en razón de una degeneración de sus principios originales. Hice fortuna en los mercados financieros mundiales, y sin embargo, temo ahora que la intensificación desenfrenada del capitalismo liberal y la extensión de los valores mercantiles a todos los ámbitos de la vida pongan en peligro el porvenir de nuestra sociedad abierta y democrática. El principal enemigo de esta sociedad ya no es la amenaza del comunismo sino, por el contrario, la del capitalismo. En su obra *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), el filósofo austríaco Karl Popper ha demostrado que las ideologías totalitarias, como el comunismo y el nazismo, tienen un elemento en común: se presentan como detentadoras de la verdad suprema. Pero como ésta está fuera del alcance de la humanidad, esas ideologías tienen necesariamente que recurrir a la opresión para imponer su visión de la sociedad. Popper ha definido, frente a estas ideologías totalitarias, otra visión de la sociedad, según la cual nadie tiene el monopolio de la verdad. Los seres son diferentes, tienen percepciones e intereses diferentes, y las instituciones son necesarias para permitirles

* Ponencia presentada en el V Taller de Ética y Economía de AUSJAL (Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina), Ciudad de México, 15 al 18 de septiembre de 1997. Publicada anteriormente en *Le Nouvel Observateur*, París, 30 de enero y 5 de febrero de 1997.

** George Soros. Empresario y Financista internacional y filántropo, es presidente de la *Open Society Institute And The Soros Fund Management*. En 1996 sus fundaciones invirtieron cerca de 300 millones de dólares para alcanzar el objetivo de la *Sociedad Abierta* en el mundo.

vivir juntos y en paz. Esas instituciones protegen los derechos de los ciudadanos y aseguran la libertad de elección y de expresión. Popper ha llamado esta forma de organización social la *Sociedad Abierta*.

Las sociedades abiertas occidentales no han tenido ninguna prisa para promover sociedades abiertas en los países del antiguo imperio soviético. Por el contrario, la idea dominante ha sido que era mejor dejarles resolver sus problemas. El fin de la guerra fría ha provocado una reacción muy diferente de aquella consecutiva a la Segunda Guerra Mundial. Ni siquiera se ha evocado la idea de un nuevo Plan Marshall. Cuando propuse una idea de esta naturaleza en una conferencia en Postdam (en lo que todavía era la Alemania del Este), en la primavera de 1989, literalmente se rieron de mí.

El hundimiento del comunismo podía abrir el camino al establecimiento de una sociedad abierta universal, pero las democracias occidentales no han aprovechado esta ocasión. En cuanto a los ciudadanos de los antiguos países comunistas, aspiraban sin duda a una sociedad abierta cuando sufrían la opresión, pero ahora que el sistema comunista está hundido, están preocupados, sobre todo, por los problemas de supervivencia. El fracaso del comunismo ha engendrado una desilusión general sobre los conceptos universales, y la sociedad abierta es uno de ellos.

Si existe actualmente una creencia dominante en nuestra sociedad, es la fe en la magia del mercado. La doctrina del capitalismo liberal afirma que nada sirve mejor al bien común que la búsqueda desenfrenada del interés personal. Sin embargo, si nuestra visión no es moderada por el reconocimiento de un interés común superior a los intereses individuales, nuestro sistema actual -que aunque imperfecto puede definirse como sociedad abierta- corre el peligro de hundirse. Popper ha demostrado que el fascismo y el comunismo tienen mucho en común porque ambos reposan sobre el poder que tiene el estado de reprimir la libertad individual. Yo quiero ampliar su análisis: afirmó que una sociedad abierta puede, por el contrario, ser amenazada por un exceso de individualismo, por un exceso de competencia y una falta de cooperación. Yo no clasifico el *laisser-faire* capitalista en la misma categoría que el fascismo y el comunismo. Las ideologías totalitarias buscan destruir deliberadamente la sociedad abierta. Las políticas del *laisser-faire* la ponen en peligro, pero por inadvertencia.

Fredérick Hayek, uno de los apóstoles del *laisser-faire*, era también un defensor apasionado de la sociedad abierta. Pero en la medida en que el comunismo y aun

el socialismo han sido completamente desacreditados, considero la amenaza del *laisser-faire* como más real, actualmente que aquella de las ideologías totalitarias.

Para no quedarme en la abstracción, voy a apoyarme sobre la descripción de casos específicos para mostrar que el *laisser-faire* y las ideas del darwinismo social que presupone pueden constituir una amenaza para la sociedad abierta. Voy a limitarme a tres temas: la estabilidad económica, la justicia social y las relaciones internacionales.

I. LA ESTABILIDAD ECONÓMICA

La teoría económica ha creado un mundo artificial en el cual las preferencias de los participantes y las ofertas que les son presentadas son independientes las unas de las otras, y en donde los precios tienden hacia un equilibrio por establecerse entre las dos fuerzas.

Pero en los mercados financieros, los precios no se limitan a reflejar pasivamente la oferta y la demanda configuradas independientemente; esos precios juegan también un papel activo dando forma a esas preferencias y a esas ofertas. Esta interacción vuelve a los mercados financieros intrínsecamente inestables. La ideología del *laisser-faire* niega, sin embargo, esta inestabilidad, y se opone a toda forma de intervención gubernamental que quiera combatirla.

Pero la historia ha mostrado que ocurre, a pesar de todo, que los mercados financieros se hundan, trayendo como consecuencia depresión económica y agitación social. Esos hundimientos han hecho evolucionar los sistemas bancarios centrales y otras formas de regulación. Frente a esto, los ideólogos del *laisser-faire* pretenden que las crisis son provocadas por malas regulaciones y no por la inestabilidad de los mercados. El argumento no es completamente falso puesto que, siendo nuestra comprensión de los fenómenos inevitablemente imperfecta, las regulaciones no pueden sino ser imperfectas. Pero este argumento no se sostiene, en la medida en que, simplemente, se omite evocar las razones por las cuales las regulaciones se revelan como necesarias.

La inestabilidad se extiende mucho más allá de los mercados financieros; ella afecta los valores que sirven de guía a las personas en su comportamiento. La teoría económica considera esos valores como datos establecidos. En la época en que dicha teoría tuvo su origen, en tiempos de Adam Smith, David Ricardo y Alfred

Marshall, era una hipótesis razonable, porque se tenían todavía creencias morales sólidamente establecidas. El mismo Adam Smith ligó su teoría económica a una filosofía moral. Enraizadas profundamente en la tradición, la religión y la cultura, esos principios no tenían forzosamente la racionalidad de elecciones conscientes frente a alternativas posibles. De hecho, sus principios no han logrado sostenerse cuando las alternativas han llegado a ser posibles, y el mercado al permitir esas alternativas, ha contribuido a socavar los valores tradicionales.

Como el mecanismo del mercado ha extendido su dominación, cada vez es más difícil mantener la ficción según la cual nuestros comportamientos son guiados por un conjunto dado o determinado de valores distintos del mercado. Publicidad, marketing, y aun packaging tienen por misión el modelar las preferencias y no, como pretende la teoría del *laisser-faire*, aportar simplemente una respuesta a la demanda. Sin saber muy bien a qué atenerse, se tiene en cuenta, cada vez más, el dinero y el éxito como criterios de valor. Lo más caro es considerado como lo mejor. Las que anteriormente constituían profesiones diversas no son ahora otra cosa que los negocios. Aquellos que defienden principios políticos que les impiden ser elegidos son eliminados como aficionados incompetentes. Lo que constituía medio de intercambio ha usurpado el lugar de los valores fundamentales, invirtiendo las relaciones postuladas por la teoría económica. El culto del éxito ha reemplazado la creencia en los principios. La sociedad ha perdido si anclaje.

LA JUSTICIA SOCIAL

Considerando las condiciones de la oferta y la demanda como datos establecidos y haciendo de la intervención del Estado un mal último, la ideología del *laisser-faire* ha condenado eficazmente la redistribución de los ingresos o de la riqueza. Podría admitir que las tentativas de redistribución del ingreso contraríen la eficacia de los mecanismos del mercado, ¿pero hay por ello que abstenerse de toda tentativa en la materia?

El argumento en favor del *laisser-faire* y contra la redistribución de los ingresos reposa sobre la doctrina de la supervivencia de los más aptos. Pero ese argumento pierde su vigor a partir del momento en que la riqueza se transmite por herencia, sobre todo si se considera que la segunda generación raramente es tan apta como la primera. De todos modos no es lógico constituir de la supervivencia de los más aptos el principio sobre el cual se funde la conducta de una sociedad civilizada.

III. LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Las insuficiencias del pseudo-darwinismo se manifiestan en otra ciencia falaz, la geopolítica. Los estados no tienen principios, sólo tienen intereses, afirman los geopolíticos, y esos intereses son determinados por la situación geográfica y otras nociones fundamentales. Esta aproximación determinista se enraíza en una visión que se remonta al siglo 19 y sufre de dos defectos evidentes. El primero es aceptar el Estado como unidad de análisis indivisible y por lo tanto de no aportar una respuesta en caso de desintegración del Estado, como en la Unión Soviética y en Yugoslavia. El segundo defecto es el de no reconocer un interés común más allá del interés nacional. Mientras la Unión Soviética representaba una amenaza a las sociedades abiertas del occidente, los defectos de la geopolítica no tenían importancia. Con la muerte del comunismo, una sociedad abierta mundial, tan imperfecta como ella sea, ha tomado forma. Pero es una realidad extremadamente frágil, puesto que ningún orden mundial ha venido a reemplazar el antiguo y hemos entrado en un período de desorden.

El «realismo geopolítico» no nos prepara a hacer frente a este desafío. Dicho «realismo» no reconoce la necesidad de un orden mundial. Se supone que algún orden emergerá de la simple búsqueda de su propio interés por parte de los diferentes Estados. Pero, guiados por el principio de la supervivencia del más apto, los Estados están cada vez más preocupados por su competitividad y no quieren hacer sacrificios por el bien común.

No es necesario hacer terribles previsiones sobre el hundimiento posible del sistema del comercio mundial para mostrar que la geopolítica es incompatible con el concepto de sociedad abierta. Basta para ello imaginar las consecuencias de la incapacidad del mundo libre a tender la mano a Rusia y ofrecerle una ayuda después del hundimiento del comunismo. El sistema del capitalismo-ladrón que ha expoliado ese país es tan inicuo que el pueblo puede muy bien tornarse hacia un líder carismático que prometa la renovación nacional aun sacrificando las libertades cívicas. Y no es necesario exagerar la amenaza que pesaría sobre el mundo si los acontecimientos se desarrollaran de esta manera.

La lección que se debe sacar de lo que ocurre en Rusia, es que el hundimiento de un régimen represivo no desemboca automáticamente en la instauración de una sociedad abierta y segura. Una sociedad abierta no es simplemente la ausencia de una intervención gubernamental y de opresión. Es una estructura compleja,

sofisticada y que no puede ser establecida y mantenida sino por un esfuerzo deliberado. Puesto que la sociedad abierta es más sofisticada que el sistema que reemplaza y exige igualmente instituciones complejas para su supervivencia, es necesario, para una transición rápida poder contar con una asistencia externa. Pero la combinación de las ideas del liberalismo, del darwinismo social y del realismo geopolítico prevaleciente en los Estados Unidos y en el Reino Unido, ha bloqueado toda esperanza de asistencia externa. En el punto en que se encuentran las cosas, no es necesaria una gran imaginación para comprender que la sociedad abierta mundial en sus actuales características y como prevalece actualmente, se revelará nada más que como un fenómeno temporal.

IV. APRENDAMOS A NO SER INFALIBLES

Las sociedades extraen su cohesión de los valores que comparten. Esos valores están enraizados en la cultura, en la religión, la historia, la tradición. La sociedad abierta, al contrario, sobre todo si ella es mundial, no es una comunidad en el sentido tradicional sino una idea abstracta, un concepto universal. Existen ciertamente intereses comunes a nivel mundial, como la preservación del medio ambiente y la prevención de la guerra. Pero esos intereses son relativamente débiles frente a los intereses particulares. Tiene poco peso en un mundo compuesto de Estados soberanos.

Hay otra razón por la cual la sociedad abierta es también una idea abstracta. Ella no es sino un marco en el cual es posible reconciliar diferentes visiones políticas y sociales. Como la democracia, es un medio de vivir juntos, no un proyecto para resolver problemas específicos, no tiene sentido sino cuando otras ideas sobre los asuntos sociales y políticos se añaden a ella. No basta ser demócrata: hay que ser demócrata-liberal, social-demócrata cristiano o cualquier otra forma de demócrata.

Pero el concepto de sociedad abierta no es vacío por ello. Creo, en efecto, que es hora de redefinirlo para que sea otra cosa más que una simple oposición, en nombre de la libertad, una ortodoxia impuesta oficialmente. En un lugar de una dicotomía entre sociedad abierta y sociedad cerrada, veo la sociedad abierta ocupar el centro del terreno, allí donde los derechos del individuo son salvaguardados, ciertamente, pero también en donde la participación en ciertos valores garantiza la unidad de la sociedad. Este centro del terreno está amenazado por todas partes. En un extremo, las doctrinas totalitarias que conducirían a una dominación del Estado: en el otro, el capitalismo liberal, que provocaría una gran inestabilidad y probablemente un hundimiento final.

El concepto esencial para comprender en qué consisten las sociedades abiertas es el de nuestra propia falibilidad, que se extiende no solamente a nuestras construcciones mentales sino igualmente a nuestras instituciones. Es debido al hecho de que reconocen la falibilidad humana que los defensores de la sociedad abierta creen siempre en la posibilidad de una mejora y como la mejora pasa por ensayos y por errores, la sociedad abierta pone el acento sobre la libertad de expresión y quiere proteger los cuestionamientos, aun sobre asuntos tales como los verdaderos criterios de lo verdadero y de lo justo.

Pero, ¿de qué manera el reconocimiento de nuestra propia falibilidad pues servir de base a un orden mundial? La respuesta pasa por una profunda transformación del papel que acordamos a nuestras creencias. Al reconocer que estas creencias no son la expresión de la verdad fundamental sino de nuestras elecciones, nosotros tenemos más posibilidades de tolerar las de los otros y de revisar las nuestras a la luz de nuestras experiencias.

Hay un precedente histórico para el profundo cambio de actitud que debemos realizar. El advenimiento de las Luces, en el siglo 18, fue una celebración del poder de la razón y proporcionó su inspiración a la *Declaración de Independencia Americana* y a la de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano*. La fe en la razón condujo a los excesos de la Revolución Francesa pero marcó el comienzo de una nueva manera de vivir. Ya son doscientos años que vivimos en esta Edad de la Razón y debemos ser suficientemente razonables para reconocer que la Razón tiene sus límites.

Ha llegado el tiempo de elaborar un marco conceptual fundado sobre nuestra falibilidad. Allí en donde la razón ha fracasado, esta falibilidad puede acertar.